



**Domingo Santa María**

**Agustín Eizaguirre**

Hay americanos cuya vida se compone de dos épocas bien distintas y separadas la una de la otra por un grande acontecimiento que rejuveneció y trasformó a antiguas sociedades de este continente. De esa clase son todos aquellos que habiendo sido espectadores o actores en el drama de la emancipación, sobrevivieron a él y siguieron interviniendo en los negocios públicos, o bien se retiraron a la vida privada, fatigados ya con las luchas y los reveses. Entre ellos debe contarse al personaje cuyo nombre sirve de epígrafe a nuestro trabajo, y cuya vida vamos a bosquejar con la posible brevedad. Nació en Santiago el año de 1766, y fueron sus padres don Domingo Eizaguirre y doña Rosa Arechavala. Su carácter vivo, jovial y bondadoso se manifestó desde temprano. Apenas tuvo la edad competente, entró a la mejor escuela que a la sazón había en Santiago, y allí aprendió lectura, escritura y elementos de aritmética. Pasó después a ser alumno del seminario conciliar, llamado entonces Colegio Azul, y dos años más tarde recibió la primera tonsura y los órdenes menores. En el seminario estudió latinidad, filosofía y teología, únicos ramos que en aquel tiempo se enseñaban a los jóvenes dedicados a la carrera eclesiástica. Permaneció en este establecimiento nueve años, durante los cuales dio repetidas pruebas de sinceridad, de honradez y de piedad cristiana, y contrajo al mismo tiempo relaciones íntimas [228] con sus condiscípulos, que conocían y apreciaban en alto grado aquellas distinguidas dotes. Siendo ya de edad de 23 años, y no sintiéndose con inclinación al estado clerical, salió del colegio y se dedicó a las labores del campo; industria que ejerció primeramente en un fundo de la pertenencia de su padre, y más tarde en otros varios que tomó en arriendo. Mudando nuevamente de profesión, se contrajo al comercio, emprendiendo especulaciones en unión con algunos amigos suyos; al cabo de todo lo cual se encontró dueño de una modesta fortuna.

Este fue el terreno en que Eizaguirre desplegó sus facultades durante la primera mitad de su vida. La honradez, el amor al bien, la austeridad de costumbres, y la lealtad y generosidad para con sus amigos, fueron las prendas que le hicieron recomendable y generalmente querido.

La vida de los colonos chilenos tenía un horizonte demasiado estrecho, y dentro de él era imposible que se desarrollasen grandes pasiones y sublimes virtudes. Chile no era árbitro de sus propios destinos, carecía de un pasado glorioso y de una historia que despertase heroicos recuerdos en la fantasía de sus hijos. Era además un país aislado, que apenas mantenía escasas relaciones con la madre patria y con las demás colonias sus hermanas, ignorando lo que pasaba en el resto del mundo. La vida de sus habitantes era toda interior y doméstica.

Cualquiera puede fácilmente imaginar de qué temple son las almas que nacen y viven en un pueblo sujeto a tales condiciones. El individuo es grande o pequeño según lo es la sociedad en que se educa.

Llegó el año de 1810, y en él se abrió para todas las almas nobles un anchuroso campo en que pudieron ejercitar su actividad y ganar honrosos e inmortales timbres. Ese año comenzó la lucha entre dos órdenes de cosas, el uno viejo y caduco, y el otro joven y vigoroso, que aspiraba a dominar la sociedad de que hasta entonces se había enseñoreado su adversario.

Eizaguirre, dotado de una alma recta, no pudo dejar de apoyar la causa de la justicia y del bien común. Las ideas nuevas encontraron un eco en él, y fueron sostenidas por todos los medios de que su posición social le permitía disponer.

Sabido es que en todas las secciones americanas los cabildos fueron los focos de la revolución de la independencia. Instituciones populares, aunque degeneradas y envilecidas, recobraron por un momento sus antiguos fueros, y se constituyeron en defensores de los derechos de los pueblos. Por esta razón en los cabildos fue donde primero se agitó la idea de crear gobiernos nacionales en las colonias que habían quedado huérfanas por la prisión y extrañamiento del soberano.

Al cabildo chileno de 1810 le cabe pues la honra de haber promovido y llevado a cabo la creación de la junta gubernativa instalada el 18 de setiembre del mismo año.

Eizaguirre, que había sido incorporado a ese cabildo a [229] fines del año anterior, trabajó con una abnegación y entusiasmo verdaderamente patrióticos por la realización de aquella insigne empresa. Aunque el partido revolucionario a que pertenecía no veía en él un sabio distinguido, ni un orador vehemente y popular, ni un caudillo impetuoso y osado, veía sin embargo un hombre de probidad proverbial, acompañada de bastante entereza de alma, de un juicio naturalmente recto y de calificado amor al bien público; y si a todas estas cualidades se añade el prestigio inherente a una ilustre alcurnia y a una numerosa parentela, fácilmente se conocerá la importancia de los servicios que prestó a la causa de la emancipación chilena.

Las revoluciones, como los dramas, necesitan personajes de diversos caracteres, de diversas pasiones, de diversa posición social. En ellas hay siempre un protagonista; pero no basta eso solo para que alcancen el triunfo. ¿Qué hará el caudillo, si no hay quien segunde sus esfuerzos y coadyuve sus miras y proyectos? Hombres del temple y circunstancias de Eizaguirre son necesarios en toda revolución para que sea consistente y eficaz. Ellos están dotados de un instinto conservador, no muy fuerte a la verdad, pero bastante para poner un saludable contrapeso a las pasiones ardientes e impetuosas de los partidos novadores, que de otro modo fracasarían por falta de tino y cordura. La misión que estos personajes desempeñan no es por cierto tan brillante como la del caudillo que obra; pero es esencialísima para el triunfo, porque es conservadora de la revolución.

Derribada la autoridad colonial, los revolucionarios se dividieron en dos bandos, de los cuales el uno pretendía hacer marchar la revolución a paso acelerado por medio de providencias francas y enérgicas, y el otro, más tímido y conservador, se oponía a las innovaciones que se proyectaban. El primero prevaleció en la junta gubernativa, y tuvo por caudillo a don Juan Martínez de Rosas, el más distinguido de los revolucionarios de su tiempo; el segundo, que dominó en el cabildo, reconoció por corifeos a don Agustín Eizaguirre y don José Miguel Infante. El cabildo y la junta se hicieron por algún tiempo la guerra a la sordina, y más tarde rompieron abiertamente las hostilidades.

Los pueblos debían elegir diputados que compusiesen el primer congreso nacional, y en el campo de estas elecciones fue donde estalló la lucha. Prevaleció al fin el partido del cabildo, que obtuvo una notable mayoría en el congreso. A Eizaguirre le cupo el honor de ser elegido diputado por la capital, y de formar por consiguiente parte de la primera asamblea legislativa que creó el pueblo chileno en la infancia de su vida política.

El partido rosista, aunque derrotado, no se anonadó. Contaba en sus filas hombres dotados de energía y talentos superiores, que no se allanaban a recibir la ley de los que no poseían, esas prendas en el mismo grado. Conspiró incesantemente para recobrar por la fuerza el puesto y la influencia que había perdido; pero todos sus conatos fueron estériles. Al fin se le presentó [230] el hombre que necesitaba para triunfar. Don José Miguel Carrera, joven militar dotado de talentos y de noble osadía, ganoso de gloria, y adornado de laureles recogidos en una guerra lejana, fue el brazo fuerte que elevó a los rosistas al mando supremo del estado. El partido del cabildo quedó derrotado, y no volvió a aparecer en la escena política sino con las modificaciones producidas por el tiempo y los acontecimientos de que en lo sucesivo fue teatro el país.

Eizaguirre se retiró con este motivo a la vida privada, llevando su honradez y moderación por escudo contra las persecuciones de que ordinariamente son víctimas los vencidos. Su persona fue respetada por sus adversarios victoriosos.

Invadido el territorio chileno por el general realista Pareja en marzo de 1813, don Agustín Eizaguirre salió de su oscuridad y dio principio a un segundo período de vida pública. Carrera, que a su vez había anonadado al partido rosista, tomado en sus manos el timón de los negocios públicos, y dado un fuerte impulso a la revolución, fue nombrado general en jefe del ejército que debía rechazar al invasor; viéndose de este modo obligado a salir de Santiago para activar los preparativos de la próxima campaña. El gobierno supremo debía organizarse de nuevo, puesto que acababa de ausentarse el que hasta entonces había sido todo su nervio; por lo que el senado, en 15 de abril del mismo año, nombró una junta gubernativa, compuesta de don José Miguel Infante, don Francisco Antonio Pérez García y don Agustín Eizaguirre.

Semejante elección recaía, es verdad, sobre individuos cuyas opiniones políticas eran contrarias a las de Carrera; pero este caudillo no se opuso a ella, porque tenía conciencia de que era un hombre necesario en aquellas circunstancias, porque el inminente peligro de que se hallaba amenazada la causa de la libertad había hecho olvidar por un momento las antiguas discordias, y finalmente porque los vocales electos eran personas de notoria honradez y patriotismo y de gran prestigio entre todos los partidos.

Los primeros conatos del nuevo gobierno tuvieron por objeto llenar del mejor modo posible las necesidades de la guerra. Excitó el espíritu público de los ciudadanos, promovió donativos voluntarios para subvenir a los gastos que demandaba la situación, levantó batallones y proveyó de municiones y víveres al ejército.

Estas urgentes atenciones no le impidieron contraerse a los cuidados de la administración pública y procurar la prosperidad de la nación por medio de providencias sabias y liberales. Se declaró la libertad de la prensa, se establecieron escuelas en muchos pueblos, se fundó el Instituto Nacional, se comenzó a formar una biblioteca

pública, y se dictaron otras muchas medidas análogas a éstas. Los principios filosóficos que habían engendrado la revolución se manifestaban cada día en las instituciones que se iban creando, y que hasta entonces habían sido desconocidas de los chilenos. [231] Las enemistades políticas que habían existido entre el general Carrera y los actuales miembros de la junta, las cuales habían estado amortiguadas por algún tiempo, no tardaron en estallar de nuevo. El gobierno empleó todos los arbitrios que estaban en su mano para echar por tierra a su adversario, desnudándole del mando del ejército que hacía la campaña del sur. Consiguió su intento, y a principios de 1814 Carrera tenía ya por sucesor a don Bernardo O'Higgins.

Para efectuar este cambio, el gobierno se había trasladado a Talca en noviembre del año anterior, y así que hubo llenado sus miras, regresó a Santiago, donde debía terminar muy pronto sus funciones. A principios de marzo se reunió en cabildo abierto una parte del vecindario de la capital, decretó la destitución de la junta gubernativa, y confirió el mando a don Francisco de la Lastra con el título de supremo director. Eizaguirre, del mismo modo que sus colegas, descendió de nuevo a la vida privada, satisfecho de haber servido a su patria con la honradez que le caracterizaba.

No duró mucho tiempo el reposo de que estaba gozando. En octubre del mismo año los realistas, victoriosos en Rancagua, se apoderaron muy pronto de todo el territorio chileno, y desplegaron un sistema de tenaz persecución contra todos los que de alguna manera habían cooperado a la creación o al sostén del gobierno nacional. Eizaguirre, confinado como insurgente en el horrible presidio de Juan Fernández, padeció por la primera vez las privaciones y amarguras del destierro, soportándolas con heroica resignación y con la magnanimidad del justo. En aquella tierra inhospitable fue testigo por más de dos años de la rabia con que la naturaleza parecía empeñarse en añadir aflicciones a los desgraciados proscritos. Furiosas y continuas borrascas, recios terremotos, incendios y escasez de los alimentos necesarios para la vida, tales fueron las espantosas escenas que los patriotas chilenos tuvieron que presenciar durante su mansión en Juan Fernández. Eizaguirre se hizo amar de sus compañeros de infortunio por la jovialidad y dulzura con que les prodigaba consuelos cristianos.

Vencido el poder español en la gloriosa jornada de Chacabuco, los restauradores de la libertad determinaron muy pronto ir a quebrantar las cadenas con que estaban aherrojadas aquellas víctimas ilustres, que ascendían a setenta y ocho. A principios de abril de 1817 el presidio de Juan Fernández se hallaba ya desierto, y los proscritos, restituidos al regazo de sus familias, se congratulaban del triunfo que poco antes habían alcanzado las armas de la patria.

Durante el gobierno del general O'Higgins, Eizaguirre se mantuvo ajeno a la política, viviendo como simple ciudadano, contraído a los cuidados de su casa y al manejo de sus intereses. En ese tiempo fue cuando se formó y organizó la famosa compañía denominada «de Calcuta», que tenía por objeto especular en sederías y géneros de la India, y en la cual tomaron parte muchos de los capitalistas chilenos más notables. Eizaguirre fue el principal [232] promovedor de esta empresa, que debe mirarse como uno de los primeros frutos producidos por la libertad de comercio ya establecida y por el espíritu nuevo que ganaba terreno diariamente en el país. La compañía de Calcuta hizo flotar por la vez primera el pabellón chileno en los remotos mares del Asia, y lo presentó delante de pueblos que no comprendían las sublimes ideas simbolizadas por los tres colores que lo constituyen.

La caída del director O'Higgins, acontecida el 28 de enero de 1823, dio principio a una época muy notable de la historia de Chile, y que al presente no es bien conocida sino de los que fueron testigos de los sucesos acaecidos en ella. Esa época se extiende hasta el año de 1830, en que el partido denominado pelucón se apoderó del mando supremo y

comenzó a crear un nuevo orden de cosas, imprimiendo su espíritu a todas las instituciones. Durante los siete años que ella abraza se hicieron diversos ensayos para constituir el país de una manera estable; pero todos ellos fueron impotentes. Discutiéronse por la prensa y en varios congresos altas cuestiones de política y de organización social; se hicieron importantes reformas en la administración de justicia; se dictaron medidas económicas atemperadas a las circunstancias; se fomentó en cuanto era dable la instrucción pública; se envió una expedición al Perú para ayudarle a sacudir la dominación colonial; se dio libertad al archipiélago de Chiloé, último baluarte del poder español en Sud América; y finalmente se sostuvo una guerra tenaz y atroz con los salvajes araucanos, acaudillados por algunos jefes españoles y por el terrible bandido Pincheira. Chile, aunque carecía de instituciones sólidas, iba creciendo en medio de las tempestades y vaivenes consiguientes a su situación.

En la época de que acabamos de hablar, don Agustín Eizaguirre se halló dos veces a la cabeza de los negocios públicos. En el mismo acto en que el director O'Higgins depuso la autoridad que ejercía, se nombró una junta compuesta de Infante, Eizaguirre y Errázuriz, a quien se encargó provisionalmente el gobierno del país hasta que se eligiese en debida forma el jefe supremo. Esta elección se hizo el 31 de marzo de 1823, y el 4 de abril siguiente tomó posesión de su cargo el electo, que fue el general don Ramón Freire. En los dos meses y días que funcionó la junta gubernativa, se contrajo a llenar las necesidades del momento, dictando al mismo tiempo algunas medidas liberales, como la amnistía otorgada a todos los reos políticos. Merecen también mencionarse la creación del Boletín de las Leyes, que ha continuado publicándose hasta el día, el restablecimiento de la academia de práctica forense, y el permiso de sembrar y vender libremente tabaco en el país. En todos sus decretos se advierte la rectitud de miras de que se hallaba animada la junta.

A consecuencia de las activas y prolongadas discusiones políticas, que no cesaron de agitar a los hombres pensadores desde la deposición de O'Higgins, la opinión pública se hallaba en 1826 dividida entre el régimen [233] unitario y el federal. Los partidarios del último triunfaron en el congreso, y el 14 de julio quedó establecida la federación como base de la constitución chilena, a lo cual se siguió la promulgación de varias otras leyes que pueden considerarse como fragmentos de un código fundamental.

Tal era el orden reinante cuando Eizaguirre se encargó del mando supremo como vicepresidente de la república en 10 de setiembre del indicado año. Permaneció en este puesto hasta el 26 de enero de 1827, día en que lo abdicó a consecuencia de un motín militar. Su caída no debe atribuirse a otra causa que a las circunstancias en que a la sazón se hallaba el país, las cuales no permitían que hubiese nada consistente y duradero.

En los cuatro meses y días de su gobierno desplegó todo su celo y honradez para llenar dignamente sus deberes. Después de su abdicación publicó un manifiesto en que explicó su conducta gubernativa, y que parece haber sido escrito por él mismo. De ese documento tomamos el siguiente párrafo, en que aparece retratado el hombre de bien, el patriota sincero, el ciudadano desinteresado y el mandatario celoso: «El resultado ha sido que en mi cuadrimestre desgraciado se restableció el instituto anulado, se nombró rector al de Concepción para restablecerlo, se dieron fondos para el de Coquimbo, se previno la devastación de Pincheira y de los bárbaros del sur. Este uno no habréis oído, «se degollaron tantos a cada correo, se robaron tantos millares de ganado»; el labrador de Concepción y del Maule han cosechado tranquilos; ha sido vencido el enemigo al primer encuentro, y se le tenía en el último aprieto según las últimas comunicaciones, cuyos resultados pueden saberse por momentos; el crédito ha subido desde el 60 de pérdida al 15, un 45 por ciento; están preparadas las bases de los tratados con el Perú,

que deben reparar la agricultura, el comercio y la navegación de ambos países; las del resguardo y aduana examinadas, y propuestas las economías; restablecido el almacén de tránsito bajo la mano fiscal; pagado el ejército de los vencidos en mi tiempo y de mucha parte de los atrasados en que lo encontré; quedaron en cajas 138,000 pesos en vales, que con lo corrido hasta aquella fecha debían subir a más de 160,000; en pagarés de aduana en Valparaíso más de 200,000, según avisos de su administrador. Pronunciad sin que oigáis alegaciones indignas de la magistratura que ejercí y de mi carácter, y concluiré con el héroe griego: «No tengo victorias que ofreceros, y al cabo los triunfos son la obra de la fortuna y del valor del soldado. Solo os ofrezco y recibo el placer de no haber hecho verter lágrimas a ningún chileno.»

El trozo que precede, escrito con tan amable candor, lleva el sello de la verdad y nos excusa de hablar de los trabajos administrativos emprendidos por Eizaguirre durante su corto gobierno.

Esta fue la última vez que figuró como hombre público. El resto de sus días lo pasó en la vida privada, gozando del cariño de su familia, de quien era en extremo querido, y atendiendo al cultivo de su hacienda de Tango, adonde hacia frecuentes viajes. Como tres años antes de su muerte se vio [234] acometido de una enfermedad que lo redujo a una casi completa inacción, y que no cesó de molestarle hasta el fin de su existencia, que fue el 19 de julio de 1837. Las lágrimas sinceras con que le lloraron sus numerosos deudos y amigos, son el mejor testimonio de las virtudes de que estaba adornada su alma, y que no desmintió en ningún lance de su vida.

Los hombres públicos que no están animados de miras desinteresadas, los que se proponen por blanco de sus acciones su elevación personal y no la justicia y el bienestar de los gobernados, podrán tener satisfecha por algún tiempo su mezquina ambición; pero cuando la fortuna les vuelve el rostro, se acabó todo para ellos; deben abandonar la esperanza de ocupar de nuevo puestos distinguidos entre sus compatriotas; el pueblo los conoce ya, y ningún bien se promete de elevarlos al mando por segunda vez. No así el magistrado íntegro, desprendido y recto: es un hombre que no se envejece; en todos tiempos está en aptitud de ofrecer sus servicios a sus conciudadanos, en la confianza de que serán aceptados con benevolencia; si las convulsiones políticas le arrojan del puesto que ha ocupado, desciende a la oscuridad sin llevar en su pecho ningún remordimiento, sin que vaya en pos de sí el negro cortejo de odios y rencores que persigue aun en el retiro a los mandatarios inicuos que hollaron las leyes, que ultrajaron a los ciudadanos, o que ejercieron su ministerio con miras poco nobles y puras. Se aplaca la borrasca, y sus virtudes son recordadas, reconocidas y admiradas con respeto por los hombres de todos los partidos.

Eizaguirre es una prueba práctica de la verdad de estas observaciones. Su conducta fue siempre honrada y leal; los chilenos reconocieron unánimemente la rectitud de sus intenciones, y en un espacio de más de diez y seis años de continuas oscilaciones y trastornos, en que aparecieron y se eclipsaron muchos personajes eminentes, le honraron diversas veces confiriéndole la dirección suprema de la república.

El siguiente pasaje, referido por el inglés Sutcliffe, que militó algún tiempo bajo la bandera chilena, pinta al vivo la franqueza de carácter, la sencillez de costumbres, la piedad cristiana y el sincero patriotismo de don Agustín Eizaguirre: «Abril 25 de 1827. El general me envió a la capital con despachos, y de paso me detuve en Tango, donde visité al ex presidente don Agustín Eizaguirre y le di muchas cartas. Me recibió y trató del modo más amistoso. Eran las once de la noche, y como sus sirvientes se habían retirado a descansar, colocó algunas frutas en la mesa; mas observando mi sonrisa por esta circunstancia, me pidió excusase la cena fría y perdonase a sus sirvientes, que se habían acostado. Mientras yo hacia honor a sus viandas (porque había andado cerca de

40 leguas aquel día), parecía examinar el contenido de las cartas, y a cada momento se escapaban de sus labios estas jaculatorias: «Gracias a Dios, gracias a Dios.»

Conversamos hasta tarde, mostrándose muy satisfecho de las operaciones del ejército y más del general Borgoño, y de que él hubiese sido el promotor de la expedición [235] que había facilitado la repoblación de las provincias del sur.

Su alma era incapaz de rencores y de viles venganzas; olvidaba las ofensas; las perdonaba de corazón a ley de verdadero cristiano. Cuando los realistas se apoderaron de Santiago en 1814, Eizaguirre se hallaba en Tango; y deseando sustraer a la rapacidad de los conquistadores varias alhajas y prendas de plata de su pertenencia, las escondió dentro de un hoyo que hizo abrir al intento en la bodega de la hacienda. Pocos días después se presentó una partida de soldados, que incitados por la codicia, examinaron la casa de un extremo a otro, sin que pudiesen dar con el oculto tesoro. Se retiraban ya desesperanzados, cuando un sirviente de Eizaguirre, que había sido testigo de la ocultación, los llamó aparte y les dio todas las instrucciones necesarias para que pudiesen encontrar lo que buscaban. Los soldados satisficieron su instinto de pillaje, merced a este acto de infame felonía. Pasado algún tiempo, el sirviente infiel se vio reducido a una extrema miseria por haberse inhabilitado para ganar la vida con su trabajo; y Eizaguirre que tuvo de ello noticia, le recogió a su casa, le mantuvo a sus expensas y le suministró además una pensión mensual, de que aquel miserable gozó hasta el fin de sus días.

La nación chilena, deseando pagar la deuda que había contraído para con un ciudadano tan benemérito, decretó que se erigiese un monumento a expensas públicas, en el cual se grabase la inscripción siguiente: «El congreso nacional, por decreto de 8 de agosto de 1837, mandó erigir este monumento a la memoria de don Agustín Eizaguirre, uno de los primeros y más esforzados defensores de la independencia de Chile, en testimonio de veneración y gratitud a sus virtudes y eminentes servicios.»

F. VARGAS FONTECILLA.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



**editorial del cardo**